

de una generación que encontró su fuerza en un territorio donde los límites estaban disueltos, donde se hizo evidente la fractura de la sociedad.

La muerte se convirtió en una costumbre, primero para el Estado y el conjunto de la sociedad, y después para los grupos de adolescentes que crecieron en medio de fuegos cruzados y de la indiferencia frente a los cadáveres («muñecos»). Los jóvenes sicarios son el resultado de una sociedad fragmentada al extremo, donde fue evidente la ausencia de una ley social que sirviera de elemento vinculante, desde una perspectiva ética, para fundamentar el respeto al otro y especialmente a la vida. Resultado también de la ausencia de prototipos morales y culturales que renovar los valores esenciales y propiciaran un ingreso a la modernidad, así como de la influencia múltiple de nuevos actores que hicieron de la fuerza y el afán de lucro los pilares de las relaciones sociales. Las bandas juveniles no son tanto el resultado de la pobreza

como del ansia de riqueza. La violencia juvenil resultó siendo el instrumento a través del cual sectores de la juventud, tradicionalmente excluida, habitantes de territorios vastos, nombrados como sectores populares o comunas, buscaron el reconocimiento del Estado y de la «otra» sociedad.

La violencia, en su contrasentido, también sirvió para que la «ciudad olvidada» empezara a figurar en el mapa de las representaciones colectivas. Para que los medios de comunicación se preguntaran por sus fuentes olvidadas. Para que se hiciera evidente la inequidad socioeconómica, y se tuviera que nombrar el drama de los más pobres. Y para que el Estado, que durante años asumió los barrios como un asunto de policía, se interrogara por su legitimidad y su manera de relacionarse con los pobladores.

MEGALOPOLIS Y DESECHOS TOXICOS

Es común hoy afirmar que la cuestión ecológica está alcanzando niveles planetarios, al menos en las instancias previstas para resolver sus problemas. La última reunión de Río de Janeiro AMBIENTE Y DESARROLLO demostró que el nuevo orden mundial se expresará fácilmente cuando se cumplan las resoluciones sobre los aspectos del calentamiento de la atmósfera por efecto de los gases de invernadero, la pérdida de la biodiversidad, la capa de ozono y el transporte transfronterizo de desechos tóxicos. En este último aspecto, se han hecho esfuerzos para poner en orden un comercio mundial que afecta a un sinnúmero de personas e involucra millones de dólares.

Uno de los subproductos básicos de las grandes áreas metropolitanas es este tipo especial de desechos que proviene fundamentalmente de instalaciones fabriles, pero también de los lodos de las plantas de tratamiento de aguas servidas de los sistemas de cloacas.

Omar OVALLES

En el caso venezolano, si bien estamos reglamentados por el Decreto 1800 que prohíbe el transporte transfronterizo, todavía no se ha ratificado el Convenio de Basilea y recién ahora comienza a hablarse de un sistema nacional de desechos especiales.

Hace algunos años la industria petrolera y petroquímica nacional elaboró un plan para subsanar esta deficiencia pero no obtuvo apoyo del Ejecutivo para implementarlo. Mientras tanto las zonas industriales continuaban acumulando desechos de la industria química, metalúrgica, farmacéutica y de alimentos quienes conjuntamente con la industria petrolera son las fuentes principales de este problema.

Mientras el hecho urbano continúe su tasa de crecimiento acelerada copando la cuenca del lago de Valencia, los Valles del Tuy, la costa del lago de Maracaibo, las riberas del río Orinoco y otros ríos del país, se hace cada día más necesario este sistema de disposición.

Sin embargo, en todos estos intentos de planificación e incluso en el reciente decreto firmado en pleno interinato del doctor Lepage, en plena crisis de legitimidad política, la concepción del sistema está sesgada hacia la disposición y muy poco hacia las medidas de reciclaje e incluso de eliminación ex ante.

Por supuesto, las pequeñas comunidades como el caso de Ortíz, Edo. Guárico -en donde se ubicaría uno de estos rellenos de desechos tóxicos urbanos industriales- se oponen no sólo por razones de índole ambiental sino también en ese caso

específico, por verse afectada toda una nueva experiencia de desarrollo agrícola vinculado al turismo que vienen ejecutando entes privados en estas fértiles llanuras.

En momentos que el aparato industrial urbano se reestructura en el mundo, gracias a los efectos de la revolución tecnológica y la implantación de agresivos esquemas que paradójicamente combinan políticas de libre comercio y protección arancelaria, parece absurdo seguir manteniendo políticas de tratamiento de residuos tóxicos que no cuestionan en sí el propio hecho tecnológico que los genera y el mismo modelo de gestión que es corresponsable de su existencia.

Las nuevas estrategias de desarrollo industrial basadas en el rediseño y la reingeniería de procesos ofrece una oportunidad para eliminar las causas de los desechos, es decir, las viejas tecnologías y los inadecuados sistemas de gestión en aras de procesos de alta calidad y de cero pérdidas como actualmente exploran grandes empresas internacionales.

Estas técnicas de desarrollo organizacional, aunadas a las nuevas estrategias de relocalización y desmembramiento de las unidades productivas industriales, incluso más allá de las fronteras urbanas gracias a los avances de la ingeniería de

sistemas y de comunicaciones, ofrecen a Venezuela una opción clara para evitar la generación de desechos y para ahorrarse los costos sociales, ambientales y económicos de su disposición.

Quizás por esta vía, en la cual las industrias pierden tamaño, se descentralizan, redefinen sus estilos tecnológicos hacia instrumentos más limpios y modifican sus conductas gerenciales, pueda lograrse un verdadero desarrollo sustentable que pasa por la redefinición misma de los grandes centros urbanos.

**TENANTS,
LANDLORDS
AND SELF-HELP
SETTLEMENTS:
A COMPARISON
OF CARACAS,
MEXICO CITY
AND SANTIAGO**

Alan GILBERT

LAS BANDAS JUVENILES Y LOS PROCESOS DE SOCIALIZACIÓN*

JUVENTUD, DIVINO TESORO

La delincuencia en el grupo de jóvenes comprendidos entre los 12 y los 18 años se masificó, en el Valle de Aburrá, a lo largo de la década de los 80. Para que esto sucediera se debieron dar múltiples procesos. Las instituciones tradicionales responsables de insertar al individuo en el orden cultural y social perdieron eficacia, mientras que nuevos actores empezaron a cumplir un papel dinámico como generadores de estilos y prácticas de vida. En la ciudad se habían multiplicado las violencias, tales como las vendetas, las acciones de los grupos paramilitares, de la guerrilla o de los grupos de limpieza. Se deterioró la normatividad social y la sociedad se fue desvertebrando.

Gentes que en situaciones de relativa estabilidad y vigencia institucional se comportan como buenos ciudadanos, respetuosos de la leyes y cumplidores de sus obligaciones, en contextos de terror, propiciados por la inorganicidad y la atomización, pueden llegar a la comisión de actos

inimaginables, a proceder abiertamente delictuales y violentos¹.

Esta influencia de lo social es mucho más fuerte en la población joven. Por ello para plantear el tema de la violencia juvenil hay que examinar los procesos de socialización, ya que no puede mirarse de la misma forma la delincuencia o la violencia ejercida por los adultos que la de los adolescentes. La delincuencia juvenil está asociada a procesos de estructuración de la personalidad, y puede afirmarse que en muchos casos es una prolongación del juego infantil. El joven es influenciado por el ambiente, su visión se moldea por los factores predominantes en el medio.

En Medellín los procesos tradicionales de socialización perdieron eficacia. No existían, ni en la escuela, ni en la familia, ni en la Iglesia, los prototipos morales, sociales o culturales que cautivaran a las nuevas generaciones urbanas. Así, las bandas se convirtieron en espacios de socialización alternativos a los institucionales y cumplieron un papel decisivo para

una parte de la juventud, sirviendo como medio de inserción en un mundo simbólico y «normativo» que estructuró unos tipos de personalidad.

La familia, institución básica de la socialización, vivió un profundo reacomodo en todos los estratos sociales. Pero en los sectores populares esta crisis estuvo acompañada de otros factores que la hicieron más conflictiva. El papel de la madre en la familia se fortaleció. Crecieron las estadísticas de madresolterismo, y de los hogares con la mujer como cabeza de hogar. Las mujeres se vincularon masivamente al mercado laboral. Los fenómenos de alcoholismo y drogadicción, la irresponsabilidad paterna, las altas tasas de desempleo, entre otros factores, contribuyeron a que en muchos casos el hombre se desplazara a un lugar discreto en la estructura familiar.

Este cambio de roles influyó para que la imagen de la madre, fuerte de por sí en nuestra tradición, se sobredimensionara, en desmedro de

Alonso SALAZAR
Ana M. JARAMILLO

* Este artículo forma parte del capítulo 7 del libro *Las subculturas del narcotráfico*, de Alonso Salazar J. y Ana María Jaramillo, publicado por Cinep, en 1992. Reproducción autorizada por los autores.

¹ / Uribe, María Teresa. «Los destiempos y los desencuentros» *Memorias del Seminario Internacional de Periodismo*. Rionegro 1990, p. 42.